
VaRiA

invención

LOS SUEÑOS, SUEÑOS SON

(primer premio) — Alejandro Crespo Pérez Escuela de Economía.

Yo tengo muchos planes: vender el coche, comprar un equipo de fotografía en Estados Unidos, ir a Sudamérica y quizá quedarme en Chile completando mis estudios. Sólo que no hay dinero. Por más que llevo varios meses de tener sobre el Volvo el signo de pesos, cuando resulta, en ocasiones, algún comprador, éste no me ofrece lo que vale el auto, lo que yo necesito para poder realizar mis deseos, acariciados tantas veces en la soledad de mi habitación, en las pausas que hago en mis lecturas.

Y así se ha ido el tiempo. En esperar y esperar. En esperar que resulte algo, que el asunto de arreglar cafeteras vuelva a ser fructífero y, hasta eso, en que pueda conseguir un empleo. “Chile... Chile...”, me he dicho. Yo quiero estar allí. “En ninguna parte puedo estar peor que en esta ciudad”, pienso muchas veces, desconsolado. Chile es el mar cerca de todo sitio, es el vino, es la cultura sin cambiar de lengua y significa también la libertad. Aunque claro que no todo allí es color de rosa, que no todo es paradisíaco. “Hay miseria, gallo”, me confiesa un estudiante de restauración. “Hay mucha miseria”, repite. Pero yo miro mis cuadros estadísticos y veo que el ingreso per cápita es cuarenta dólares más alto que aquí. “Está bien, hay miseria —concluyo—, pero aquí hay más. Y en todo caso, no se dan muchas cosas que aquí ocurren.” Cosas que *aquí ocurren* y que yo no quiero ahora recordar, que no quiero fijarme como la imagen de mi país porque eso es también fijarme la mía propia. O ¿no soy tan culpable de lo que ha sucedido, y de lo que suceda, como sus principales actores? , ¿no lo somos todos, al permitirlo? De eso no cabe duda. Y por eso me voy. ¿Cobardía? ¿Evasión? ¿Huida? No, yo solo no puedo hacerlo todo. O yo y un grupo. Y así, prefiero no verlo, no enterarme. “Algún día las condiciones cambiarán”, me repito confiado. “Sólo que no puedo esperar hasta entonces. Regresaré, más preparado, a intentar que eso cambie; a acelerar el paso.” Pero no, no pensar en eso siquiera, es lo más racional. Dejar que llegue el momento, que me resuelva de una vez a hacer algo de inmediato. Entonces sí. No antes. No especular. No pensar en eso. Pero... resulta difícil olvidarlo. Lo resulta mientras que no me vaya, mientras esté aquí. Todo lo recuerda a cada momento. La mirada incierta de Víctor cuando afirma que algún día él continuará sus estudios, que lo que ocurre es simplemente que ahora debe ayudar para la casa y seguir así, trabajando, en aquel diario. “El único en el

que algo puede decirse”, me platica. Mas ¿volvería? ¿Iría a concluir sus estudios preuniversitarios a los veinticinco o treinta años? Yo no lo creo, sinceramente, pero tampoco me atrevo a decírselo. ¿Cómo asesinarle esa esperanza? ¿Cómo quitarle ese refugio tranquilizador? Decirle que va a quedarse ahí es como insultarlo, a eso equivale. Decirle que sus hermanos por los que él ahora trabaja dejando sus estudios, se verán probablemente obligados a hacer igual posteriormente, es quitarle la motivación que él esgrime constante, aunque inseguro. No, no haré eso. No voy a hacerlo. Todavía recuerdo que en aquel otoño él estaba al lado de nosotros, que lloraba de rabia al ver su impotencia, que se arrojó, allí, junto a las ruinas, para resguardarse de uno de los disparos que arrancaban pedazos de adoquines junto a nuestros cuerpos y desprendían muchas veces el ay quejumbroso de alguno de los nuestros alcanzado. Aquel crepúsculo fue también el crepúsculo de todos nosotros. Ahí nació este deseo de irme. Fue el ocaso de una fe que habíamos mantenido inexplicablemente hasta entonces. Inexplicablemente porque aquello no era la primera muestra. Otras había antes, aunque no se hubiesen producido directamente contra nosotros. Tal vez por eso no nos convencieron. Nosotros éramos el futuro de la patria, nos decían. Y al futuro, pensábamos, no se le elimina. Es como suicidarse. Que eso se diera con obreros, con campesinos, con ferrocarrileros, con médicos, era otro cantar. Nadie decía de ellos que eran el futuro, entre otras cosas, porque se les veía más bien como una porción del presente, de un presente que éramos todos, nosotros también, y que tampoco podía sacrificarse, pero, total, no nos alcanzaba. No nos alcanzó nunca plenamente hasta el otoño luctuoso. Nada tan convincente como lo que te toca en carne propia, en tus propias entrañas, en tu propia vida. Y en aquel otoño así había sido. Un otoño que presagió el invierno que llegaría después, el silencio que nos envolvería a todos, o a casi todos. Un invierno que nos produciría ese abrigar la totalidad de nuestros rencores, ese callarlos, ocultarlos, temerosos de que la nieve llegara a sepultarnos sin su limpidez. *Mira ahora./Manchada.* De que muriésemos como habían muerto otros en el otoño de árboles desnudos, de conciencias desenmascaradas: desnudas también. Y ahora. . . Ya no valía la pena. Ahora nos quedaba el deseo de sol, el deseo del aire que no nos daba esta ciudad de atmósfera enrarecida. Por el humo y la niebla. Por. . . Mejor no.

Callarlo. Olvidarlo. Que la memoria ya no torturara. Mejor ir a Estados Unidos y comprar allí la cámara, el papel, la película, las pinzas, las cubetas, el revelador, el proyector de transparencias. Mejor eso. Y no ese recuerdo gris. O más bien negro. Rojo y negro. De sangre y de luto, no de mediastintas. Allí, todo se había jugado. Todas las cartas al descubierto. Las cartas azules y las tricolores. Las sonrisas afables. Las promesas de gira. Las frases cual consigna. El llamado a una solidaridad que era apenas la de ellos, la en torno a ellos y lo que perseguían. Sin que tuviera que ver nada con nosotros, sin que nada nos dijera. Allí. Todo. De una vez. Inaplazablemente. Porque la fiesta no podía frustrarse, averiarse siquiera. *Todos los ojos del mundo miran ahora hacia nosotros.* Y se necesitaba un circo lleno de vivas, de hurras y de bravos, de loas sin medida, de ánimos tranquilos o exaltados apenas por el espectáculo. Exaltación que podía pasar, que podía tolerarse, puesto que era también la exaltación de todos los palacios. Rojo y negro. Negro solamente. El guante. La macana. La bala-da muerte da. Los muros altos. El imperio de nuevo. Las crujías que crujen en la noche. Los hombres. Su largo aprendizaje. Y si hay que morir mil veces. No uno, dos, tres. En América. Pancartas. Cuatrocientas mil gentes como en mayo en los Champs Elysées, las márgenes del Sena y sus puentes, la Sorbonne y todo el Quartier Latin. Brigadas. A las salidas de los cines, en los camiones, en las hojas volantes. No, no podía olvidarse. Quizá sólo huyendo. No aquí. Tras estos muros de isla. Junto a estos muros en los que hay pintas. No de entonces, no. Borradas todas. Cubiertas. Con pintura gris oscura. Tan gris como ellos. No de entonces, no. De ahora. Pintas que, por ejemplo, comienzan con un *si permaneces en silencio...* ¿Cómo olvidarlo? ¿Cómo? ¿Cómo pensar que en otras latitudes pueda ser peor? Me iría, sí. Vendiendo el coche ya no habría que esperar, estaría todo. Entretanto, seguir leyendo. *No, luce. No conceda tregua. Únicamente el excremento permanece en estado letárgico (Sólo la m. . .)* No, actúa. De otras cosas no es hora. Hay tiempo de leer y tiempo de escribir. Tiempo de hablar y tiempo de escuchar. Tiempo de descansar y tiempo de luchar. Pero ¿qué tiempo es éste que me tocó habitar? ¿Este tiempo, este espacio, esta situación? Entonces. . . ¿la sierra? ¿el fusil vindicativo? ¿el arma contra el arma? ¿Y la teoría qué? La teoría como arma. ¿Invalidada acaso? ¿Invalidado también el prepararse y descansar en el sur? ¿El olvi-

dar? Y los dolientes, ¿olvidan ellos? ¿Los parientes, amigos, compañeros, novios, amantes? ¿Podía borrar la muerte todo, todo? ¿Podía olvidar los gestos, las palabras, las manos, las miradas, los besos, las cópulas ardientes? ¿Podía la muerte? Esa muerte sin tumbas y sin lápidas, esa muerte sin cadáver resultante, esa muerte llamada *desaparición*. ¿Podía? ¿Podía olvidarlo en los reaparecidos, en los sobrevivientes? En el Chile lejano y sobreviviente. ¿No estaban ahí acaso todavía, las llamadas telefónicas para contar, para informar lo que los informadores no informaban? ¿No estaban? ¿No vivían esas voces, muchas de ellas al menos, del recuerdo de las acalladas? ¿No? Y entonces ¿la cámara? ¿Iba a fotografiar lo que ya no podía fotografiarse? ¿Iba tal vez a aprehender el reflejo de lo pasado? Para mostrarlo allá. ¿En Valparaíso, Viña, Rancagua, Arica y Antofagasta? ¿En Santiago? ¿Decirle a Santiago lo que ocurrió en homónimo a medias? ¿A Santiago lo que ocurrió en Santiago? ¿Les interesaría? ¿A esos gallos, como decía el estudiante chileno de restauración? "Hay mucha miseria". ¿Y aquí? ¿No había aquí una miseria que corroía el mismo ánimo? ¿La de la impotencia, la de bocas amordazadas y muñecas atadas? ¿La de Víctor? ¿No, todavía no? ¿No era suficiente? ¿Cuántas veces, entonces, debía sonar aquel despertador? ¿Hasta la desaparición de toda disidencia? ¿Hasta el acabóse de quienes querían más pan que circo? Porque *el evento tuvo un éxito inusitado y proyectó la imagen de nuestro país al mundo*. Pero el gran evento del músculo no fue allí, sin embargo; en esos días. La glorificación del músculo, en verdad, precedió a la programada. En Santiago. Buen vino el chileno. Como los europeos. O casi. En Santiago. La precedió. Quien tenga oídos que escuche y quien tenga ojos que lea. Lo por venir. Que el entendimiento entienda. Suficiente. Sin la necesidad de ser explícito hasta la saciedad. Hasta llamar torpe al interlocutor. Que el entendimiento entienda. Que entienda. En Santiago. Descendencia alemana. Ghettos. Incendio en Varsovia. Ghettos. En Santiago. Y todo el color, toda la cultura que traíamos sobre nosotros, borrada así, de tajo. Sólo rojo y negro. No firmes verdes ni violentos naranjas, no fresas rebosantes ni amarillos encendidos. No, rojo y negro. Y no fusión sino escisión. No origen de un pueblo sino divorcio de dos. Suficientemente claro. Zapatos-huaraches, buroracia-desempleo, opulencia-pauperismo, palazzos-huipiles, scotch-pulque, trancas-revueltas, cadillacs-pies, hartura-

hambre, órdenes-obediencia, puñalada-víctima, tío ese-tío hache. Eso. Nada más. El divorcio sin regreso. Sin reconciliación posible. Uxoricidio, mejor. En el que el autoviudo teme a los fantasmas, mira con recelo, escucha voces inexistentes. Entonces cazabrujas. Que no quede ni la semilla. Extirpar del todo el virus. Descendencia alemana. En Santiago. Usted me entiende. Si no, venga a la explanada. Paséese por los cuadrados de césped verde. Mire el gris. El gris oscuro. La pequeña torre de Babel ahora cubierta. El I want to make from this country. . . Mire. Y oiga. Escuche esas voces en las cafeterías de este islote: Aquí no vendrá. No lo permitiremos. Mire las carteleras. Hemos decidido por el exilio debido a la amenaza. Obsérvelo bien todo. La alberca, el estadio, los viaductos, las parejas. *Mientras más hago el amor más. . .* Y, dígame después, si no tengo razón. Yo. En vender el Volvo, en comprar la cámara, en irme de aquí. Vaya un día donde Víctor. Estúdielo a él. Se convencerá, yo se lo digo. Se convencerá de que así, trabajando doce horas cada día, estará también cada día más atado, más sujeto, menos independiente, menos dueño de sí. Soñando ya con cosas diferentes. Con comprar, con adquirir objetos. La tele de color, libros bien presentados, Mustang apantallante, trajes bien padre sí, estéreo a todo dar, condominio en colonia buena-gente, esposa blanca-güera y mejor si extranjera, óleos de firma célebre, american vacances, etcétera será. Usted comprende bien. Ya no habrá ruinas, ya. No recuerdo de plomo, ni mirada incierta habrá. Satisfecha, será. Panza panzón, será. Jefe de información. Agregado de prensa y valijas sin abrir. Agua de colonia inglesa. Perfumes de París. Boleto en Pan American y suscripción a *Time*. Reemplazado Zapata, el Emiliano, por american way of life. Cambio de piel. No más incendiar llanos. Ya no el camión en llamas sino-llama-da Nueva York. Los Angeles calling. Y no puebla. Píldoras mutilantes. Se aja la pelvis, darling. Cuando mucho unos dos. Arriba y. . . Que arriba, en el mapa, es el norte, ¿entiende usted? Son exégesis mías, no le preste atención. Que nosotros también vamos a botar. Todos los muebles viejos, los modelos pasados, el baúl de la abuela. Cincuenta y tres años es demasiado ya. El mundo cambia, la ciencia avanza. Que los niños tengan buena constitución. Mucha leche, yoghurt. Flúor en el agua para evitar las caries. Y mucha carne blanca. Sí, pasé por el Watts. Los Angeles calling. Llamando a Nueva York, llamando a Washington. Me voy a Chile, yo.
